opusdei.org

La vida después de la muerte, esperanza del cristiano

Dios ha hecho al hombre para que sea feliz en la Tierra y más tarde también en el Cielo. Este ensayo es una breve reflexión sobre la novedad que supone la doctrina cristiana ante la realidad de la muerte.

20/11/2018

El sentido de novedad recorre todo el Evangelio, desde la Anunciación a la Virgen María hasta la Resurrección

del Señor. El Nuevo Testamento habla de mil modos diversos de un nuevo comienzo para la humanidad. La misma palabra “evangelio” quiere decir justo eso: la “buena noticia”. Desde el arranque de su ministerio público, Cristo anuncia abiertamente la plenitud de los tiempos y la venida del Reino de Dios: **el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio** (Mc 1, 15). Pero esto no significa que el Señor quiera cambiar todo. No es un revolucionario o un iluminado. De hecho, por ejemplo, para hablar de la indisolubilidad del matrimonio, toma como punto de partida lo que Dios estableció al crear a la mujer y al hombre (Cfr. *Mt* 19, 3-9; *Gn* 2, 24). Por eso declaró: **no penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos sino a darles su plenitud** (Mt 5, 17); y, en repetidas ocasiones, conminó a los discípulos a que cumplieran fielmente los

mandamientos que Moisés había comunicado al pueblo de parte de Dios.

En la predicación del Señor hay, sin duda, un aire nuevo, liberador. Por una parte, la doctrina de Jesús desarrolla elementos ya presentes en el Antiguo Testamento, como son la rectitud de intención, el perdón, o la necesidad de amar a todos los hombres sin excepción, en particular a los pobres y a los pecadores. En Cristo se cumplen las antiguas promesas que Dios hizo a los profetas. Por otra parte, la llamada del Señor se dirige de modo radical y perentorio no a un pueblo, sino a todos los hombres, a los que llama uno a uno.

La novedad de la presencia y actuación de Jesucristo se percibe también de otro modo, desconcertante a primera vista: muchos hombres lo rechazan. **Vino a**

los suyos, y los suyos no le recibieron (Jn 1, 11), dice San Juan. Ese rechazo por parte de los hombres pone todavía más de relieve, si es posible, la incondicional entrega y caridad del Señor hacia la humanidad. Además, este rechazo lo llevó derechamente a su muerte en la Cruz, libremente abrazada, sacrificio único y definitivo, fuente salvífica para todos los hombres.

Pero Dios fue fiel a su promesa, y la potencia del mal no pudo apagar la entrega divina de Jesús, como manifestó la Resurrección. La fuerza salvífica que Dios introdujo en el mundo por la Encarnación de su Hijo, y sobre todo por su Resurrección, es la novedad absoluta, universal y permanente. Esto se aprecia desde el inicio de la predicación apostólica: con alegría desbordante, los apóstoles proclamaron por toda Judea, por el Imperio Romano y por el mundo

entero que Jesús había resucitado; que el mundo podía cambiar, que cada mujer, cada hombre podían cambiar; que ya no estábamos sometidos a la ley del pecado y de la muerte eterna. Cristo, sentado a la derecha del Padre, dice: **mira, hago nuevas todas las cosas** (Ap 21, 5). En Cristo, Dios ha tomado de un modo nuevo las riendas del mundo y de la historia humana para llevarlos a su realización plena. A pesar de todas la dificultades que los cristianos de la primera hora tuvieron, miraban al futuro con esperanza y optimismo. Y contagiaban sin cesar su fe entre todas las personas que tenían alrededor.

La novedad de la vida eterna después de la muerte

En el mundo pagano era común considerar el futuro como una simple réplica del pasado. El cosmos existía desde siempre y, dentro de

grandes mutaciones cíclicas, perduraría para siempre. Según el mito del eterno retorno, todo lo que tuvo lugar ayer, volvería en el futuro. En este contexto antropológico-religioso, el hombre sólo podía salvarse escapando de la materia, en una especie de éxtasis espiritual separado de la carne; **o viviendo en este mundo**, como decía San Pablo, **sin meta ni esperanza** (Cfr. *1 Ts* 4, 13; *Ef* 2, 12). En los primeros siglos del cristianismo, los paganos siguen una ética más o menos recta; creen en Dios o en los dioses y les dirigen un culto asiduo, en búsqueda de protección y consuelo; pero les falta la esperanza cierta de un futuro feliz. La muerte era un puro truncamiento, un sinsentido.

Por otra parte, la voluntad de vivir para siempre es profunda en el hombre, como manifiestan desde entonces los filósofos, los literatos, los artistas, los poetas y, de modo

eminente, los que se aman. El hombre ansía perdurar; y tal deseo se manifiesta de múltiples modos: en los proyectos humanos, en la voluntad de tener hijos, en el deseo de influir sobre la vida de otras personas, de ser reconocido y recordado; en todo esto, se puede adivinar el deseo humano de eternidad. Hay quien piensa en la inmortalidad del alma; hay quien entiende la inmortalidad como reencarnación; hay, en fin, quien ante el hecho cierto de la muerte decide poner todos los medios para conseguir el bienestar material o el reconocimiento social: bienes que nunca serán suficientes, porque no sacian, porque no dependen sólo de la propia voluntad. En esto el cristiano es realista, pues sabe que la muerte es el término de todos los sueños vanos del hombre.

En medio del dilema de la muerte y de la inmortalidad, el cristiano tiene

la certeza de que Dios le ha dado la vida creándolo a su imagen y semejanza (Cfr. *Gn* 1, 27); sabe que cuando experimenta la angustia de la muerte que se acerca, Cristo actúa en él, convirtiendo sus penas y su muerte en fuerza corredentora. Y está seguro de que el mismo Jesús, al que ha servido, imitado y amado, le recibirá en el Cielo, llenándolo de gloria después de su muerte. La grande y gozosa verdad de la fe cristiana es que, por la fe en Cristo, el hombre puede superar con creces al último enemigo (*1 Cor* 15, 26), la muerte, abriéndose a la visión perpetua de Dios y a la resurrección del cuerpo al final de los tiempos, cuando todas las cosas se hayan cumplido en Cristo.

La vida no termina aquí; estamos seguros de que el sacrificio escondido y la entrega generosa tienen un sentido y un premio que, por la misericordia magnánima de

Dios, van más allá de lo que el hombre podría esperar con las propias fuerzas. *"Si alguna vez te intranquiliza el pensamiento de nuestra hermana la muerte, porque ¡te ves tan poca cosa!, anímate y considera: ¿qué será ese Cielo que nos espera, cuando toda la hermosura y la grandeza, toda la felicidad y el Amor infinitos de Dios se viertan en el pobre vaso de barro que es la criatura humana, y la sacien eternamente, siempre con la novedad de una dicha nueva?"* (San Josemaría, *Surco*, n. 891).

En el tiempo presente

Aunque es cierto que la novedad cristiana se refiere principalmente a la otra vida, al más allá, la Iglesia enseña que la novedad de la Resurrección de Cristo ya está presente, de algún modo, en la tierra. Por más que dure el universo tal como lo conocemos, estamos ya “en

los últimos tiempos”, seguros de que el mundo ha sido redimido, pues Cristo ha derrotado el pecado, la muerte, al demonio.

El Reino de Dios está ya en medio de vosotros (*Lc* 17, 21); *en medio* no sólo como una presencia externa, sino también como *dentro* del creyente, en el alma en gracia, con una presencia real, actual, eficaz, aunque todavía no del todo visible y completa. *«La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, hasta nosotros (cfr. 1 Cor 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente, ya que la Iglesia, aun en la tierra, se reviste de una verdadera, si bien imperfecta, santidad (…). Somos llamados hijos de Dios y lo somos de verdad (cfr. 1 Jn 3, 1); pero todavía no hemos sido manifestados con Cristo en aquella gloria (cfr. Col 3, 4), en la que seremos semejantes a Dios,*

porque lo veremos tal cual es (cfr. 1 Jn 3, 2)» (Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 48).

La Iglesia es depositaria en la tierra de la presencia *por adelantado* del Reino de Dios; camina como peregrina en la tierra, pero todo el poder salvífico de Dios actúa ya de algún modo en el tiempo presente, por medio de la Palabra revelada y de los sacramentos, especialmente la Eucaristía; poder salvífico que se manifiesta también en la vida santa de los cristianos, que viven **en el mundo, sin ser mundanos** (Cfr. *Jn* 17, 14). El cristiano es, ante el mundo y en el mundo, *alter Christus, ipse Christus;* otro Cristo, el mismo Cristo: se establece así una cierta polaridad en la vida de la Iglesia y de cada creyente, entre el momento presente –ocasión de acoger la gracia– y la plenitud final; tensión que tiene muchas consecuencias para la vida

del cristiano y para la comprensión del mundo.

El cristiano vive metido en Dios y para Dios, y se esfuerza por comunicar los bienes divinos a los demás hombres. En *la vida futura*, la gracia, o vida sobrenatural, se convertirá en gloria, y el hombre alcanzará una inmortalidad completa en la resurrección de los muertos. En *la vida presente*, en cambio, aunque esté perfeccionada por la gracia, la existencia humana posee su autonomía propia, que ha de aplicarse en los distintos ámbitos: personal, familiar, social y político. La vida sobrenatural acoge, perfecciona y lleva a plenitud la naturaleza, sin anularla ni sustituirla.

Esta tensión también se manifiesta en la noción cristiana del tiempo y de la historia. Para el pensamiento pagano, casi siempre fatalista, los

eventos de la historia estaban previstos y determinados de antemano por el *fatum*, el destino. El tiempo pasaba intocable e impertérrito, como espectador mudo y pasivo, enmarcando el curso de la historia. Pero el tiempo cristiano no es sólo tiempo que pasa; es espacio creado por Dios para crecimiento y progreso, para la historia y la redención. Dios actúa con su Providencia en el tiempo, para llevar el mundo y la historia hacia su plenitud.

El Señor ha querido contar con la respuesta inteligente y libre de los hombres, con las oraciones de los santos y las buenas acciones de muchos, para influir en el curso de los eventos. Como imagen suya, los hombres pueden cambiar la historia: en unos casos para mal, como ocurrió con el pecado de Adán y Eva; pero sobre todo de un modo positivo, participando activamente en la

realización del designio divino, precisamente porque el evento más relevante y eficaz, el que dio a la historia del mundo el viraje más radical, fue la Encarnación del Hijo de Dios. Por eso, la colaboración humana más profunda y duradera en los planes divinos para cambiar el curso de la historia ha sido llevada a cabo por la Virgen, cuando acogió con un decidido *fiat!* al Hijo de Dios en su seno.

Los cristianos viven en el mundo conscientes de los pecados propios y ajenos, pero convencidos de que el mejor modo de aprovechar el tiempo es servir a Dios, para mejorar el mundo que nos ha confiado. De algún modo, el tiempo es plasmado por el hombre, es humanizado. «*La creación tiene su bondad y su perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada "en estado de vía", hacia una perfección última*

todavía por alcanzar, a la que Dios la destinó. Llamamos divina providencia a las disposiciones por las que Dios conduce la obra de su creación hacia esta perfección» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 302). El Señor no ha hecho todo, hasta el último detalle, desde el inicio. Poco a poco, contando con la inteligente y perseverante colaboración de las criaturas, va acercando a todas y cada una de ellas hacia su fin. El poder salvífico de Dios normalmente se hace presente en la vida del hombre de forma escondida e interior; de manera similar, la Providencia divina obra suave y ordinariamente, no sólo en los grandes eventos, sino también en los que, en apariencia, son más pequeños. Por eso el Señor invita a la plena confianza: **así pues, no andéis preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos.**

Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán (*Mt* 6, 31-33).

Dios –explicaba san Josemaría–, *que es la hermosura, la grandeza, la sabiduría, nos anuncia que somos suyos, que hemos sido escogidos como término de su amor infinito. Hace falta una recia vida de fe para no desvirtuar esta maravilla, que la Providencia divina pone en nuestras manos. Fe como la de los Reyes Magos: la convicción de que ni el desierto, ni las tempestades, ni la tranquilidad de los oasis nos impedirán llegar a la meta del Belén eterno: la vida definitiva con Dios (*San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 32).

Desde el inicio de su existencia terrena, el Señor llenó a la que sería la Madre de su Hijo con una

extraordinaria abundancia de dones, humanos y sobrenaturales. **Concebida sin pecado original, Ella es la llena de gracia** (*Lc* 1, 28). Durante su vida, en medio de un sinfín de pruebas y oscuridades, vivió heroicamente la fe, fortaleciendo con su ejemplo a los primeros discípulos. Al final de su vida, exenta de cualquier pecado, fue asunta al cielo en cuerpo y alma, participando para siempre, como Reina de los Ángeles y de toda la creación, de la gloria del Señor. En Ella se ha verificado plenamente la promesa divina de llevar a los hombres a la gloria. Por eso, la Virgen es para cada hombre *spes nostra*, faro que nos ilumina y causa de nuestra esperanza.

(foto portada: giampaolomacorig)

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-co/article/la-vida-despues-de-la-muerte-esperanza-del-cristiano/ (17/11/2025)